

sey, para que la música se insertase en los palacios de Paladio, y al personaje de don Juan, anarquista e indomable, tal como nos los presentó.

La renovación de la dramaturgia que han emprendido estos directores de teatro de primer plano permite comprender lo que sucede en el escenario. Ya no son las óperas recitales de tenores disfrazados de Radamés o de Nabucos, o de japoneses, sino que las situaciones y los dramas operísticos son actuales. Jean Claude Fell convierte a Werther, héroe de Goethe y de Massenet, en un Edipo romántico en búsqueda de imágenes paternas. Lavelli hizo una verdadera transposición al siglo XX de «Las bodas de Figaro» para presentar al público un espectáculo sobre «la dificultad de vivir, de comunicación, de soportarse, de crear un orden sentimental emotivo». El castillo sevillano del conde de Almaviva se convierte, merced a una manipulación ideológica e histórica, en la mansión de un rico industrial italiano. Lavelli actúa como si la revolución francesa de 1789 no hubiese existido, o no hubiese servido para nada: las convenciones y los valores de la aristocracia fueron adoptados por la burguesía, y todo sigue igual.

El tema de «Fidelio», de Beethoven, que montó Jorge Lavelli en Toulouse, se transforma en el problema de los prisioneros políticos actuales. «El prisionero político es un problema de todos los tiempos, dijo, y esta transcripción visual nos recuerda lo que está pasando en muchos lugares del globo». Y así fue. En el espacio circular del mercado de los cereales de Toulouse, cada espectador se sentía amenazado por el universo concentracionario imaginado por Lavelli. Y el triunfo de la Libertad, al final de la obra, que estalla en un coro entusiasta, era vivido intensamente por toda la asistencia.

De modo que gracias a escenógrafos geniales, y a directores de indiscutible valor, la ópera, por sus múltiples dimensiones y la conjunción de todas las artes, se ha convertido en el sarampión de la vida mundana parisina, pero es también frágil, vulnerable, palpitante, como la vida misma. ■ R. Ch.

OPERA EN ESPAÑA, AMARLA ES MORIR UN POCO

MIENTRAS en otros países el interés por el Teatro Lírico crece, en el nuestro el aficionado ha de esperar las funciones ocasionales de un festival de temporada, en el que el ruido de las pieles y las joyas no permite oír música y cantantes. Un festival aquejado de divismo y con una representación escénica del siglo XIX. Pero la Administración sigue sin asimilar el hecho de que la cultura, y más la Ópera, es económicamente deficitaria.

Actualmente con el planteamiento en forma de parches, el Festival de Madrid ha salido ganando, ya que disfruta de la mayor parte de la dotación disponible. En Oviedo, Las Palmas, Valencia, Málaga y Bilbao, las representaciones que tienen lugar sufren de una baja calidad notable. Y el Liceo de Barcelona, a pesar de que funciona más continuamente, padece también la falta de libertad económica. En resumen, la Ópera, incluso en Madrid sobrevive a la sombra de una subvención que raramente alcanza los 150 millones de pesetas, con unos precios de taquilla que sólo bajan, en la tercera función, de los miles de pesetas. Pero es que en esta función, en la que abundan los pantalones vaqueros, el cantante no suele esforzarse demasiado. Los Amigos de la Ópera de Madrid piensan en una posible cuarta función, que ayudara a difundir el amor por la Ópera.

Pero el problema no se soluciona con parches. Es evidente la necesidad de establecer una Compañía Nacional de Ópera, de forma permanente, con una orquesta fija y un coro igualmente estable. Pero el presupuesto de 60 millones adjudicado por Hacienda en 1979 (vaya por delante que es la primera vez que Hacienda lo incluye en su lista) es, a todas luces, insuficiente. Claro que lo importante es comenzar de alguna manera. Porque en la Ópera, como en la tragedia, los problemas parecen insalvables. Recordemos sin ir más lejos la kafkiana sucesión de hechos que impidieron la construcción del Teatro de la Ópera en los años sesenta, con el solar donado por el Ayuntamiento, los gastos sufragados por la Fundación March y un concurso de proyectos ya fallado. Al final, parece que la colaboración de la Fundación acabó poco menos que ayudando a la instalación de la cátedra de Severo Ochoa en Madrid. Ahora, sin embargo, se admite como válida La Zarzuela. Tiene un foso pequeño, el escenario es insuficiente y también se podría argumentar en contra de su acústica; pero hasta ahora ha dado un juego aceptable para los Festivales, e igual puede servir para la Compañía Nacional, en tanto que esta cubre un mínimo tiempo de rodaje.

Uno de los problemas endémicos de la Ópera en España es la Escuela Nacional de Canto, o más bien el destino de sus estudiantestres, que cumplen a su pesar un cierto papel de fuga de voces, dado que no tienen más posibilidad que salir de España o entrar en alguno de los Coros existentes, que poco a poco van pareciéndose más en su funcionamiento al de una oficina. Pero en Italia, en Francia, en los países germanos y sajones incluso (donde las voces tienen generalmente menos calidad) habrán de enfrentarse al proteccionismo local, ejercido por los cantantes nativos. Nuestra Escuela Nacional ha tenido de siempre una técnica admirada allende nuestras fronteras y concretamente en Italia, donde se suele alabar la afición del estudiante de canto español frente al suyo propio, que no la tiene. También esto lo solucionará en su día la Compañía de Ópera, ya que su coro, estable, puede ser la forma de evitar el destierro de nuestras mejores voces.

Y esa futura compañía habrá de ofrecer una actualización de las formas escénicas, para que el espectador no sólo escuche la Ópera, sino que goce de su parte plástica, remozada y ajustada a las nuevas corrientes. En cuanto a los Festivales de temporada, su función de mostrar al público español el teatro lírico de otros lugares, no desaparece, sino que cobra una significación mayor, una posibilidad de intercambio, incluso. Esperemos que la Administración deje de considerar al aficionado a la Ópera como un raro ejemplar minoritario, que se agolpa ante las taquillas y hace largas colas para conseguir un abono, para que en breve recuperemos esa tradición perdida que es la Ópera de nuestro país. ■ C. F. R.